

**REAL ACADEMIA MATRITENSE
DE
HERÁLDICA Y GENEALOGÍA**



**HISTORIA DE LOS ESCUDOS DEL
IMPERIO ESPAÑOL Y EL IMPERIO AZTECA**

Por

Luis Maldonado Venegas[†]
Académico Correspondiente

MADRID
MMXIX



Discurso de agradecimiento por el ingreso como Académico Correspondiente en México en la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía por el Excelentísimo Dr. Luis Maldonado Venegas, Presidente de la Academia Nacional de Historia y Geografía de la UNAM, ante el Excelentísimo Dr. Ernesto Fernández-Xesta y Vázquez. Director de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, el día 16 de enero de 2019, en Salón de Actos del Palacio de Minería de la UNAM.

Excelentísimo, Director de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, Dr. Ernesto Fernández-Xesta y Vázquez,

Excelentísimos e Ilustrísimos Académicos de Mérito y Numerarios de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía,

Excelentísimos e Ilustrísimos Académicos de la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica,

Excelentísimos e Ilustrísimos Académicos de la Academia de Estudios Genealógicos y Heráldicos,

Excelentísimo Director de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes,

Ilustrísima Dra. Izaskun Álvarez Cuartero, Vicerrectora de la Universidad de Salamanca,

Ilustrísimo Dr. Fernando Almaraz Menéndez, Secretario General de Universidad de Salamanca,

Ilustrísimos Miembros de la Sociedad de Escritores y Artistas de España, Correspondiente en México,

Excelentísimos e Ilustrísimos Académicos de la Academia Nacional de Historia y Geografía de la UNAM,

Excelentísimos e Ilustrísimos Académicos de la Sociedad de Estadística y Geografía,

Excelentísimos Consejeros del Consejo de la Crónica de la Ciudad de México,

Excelentísimos Miembros de la Legión de Honor de México,

Excelentísimos e Ilustrísimos Miembros de la Cofradía de Los Pergaminos,

Ilustrísimos Miembros de las Academias y Asociaciones,

Excelentísimos e Ilustrísimos Académicos y Académicas,

Señoras y Señores,

Cuando el hombre inventó la primera arma, ese gesto supuso la creación de alguna pieza defensiva: el garrote (según *Odisea del Espacio 2001* de Kubrick), la piedra (Caín) y la quijada de asno (Sansón), según la *Biblia*, fueron el preámbulo para la espada y la lanza, los cuales a su vez resultaron el origen del casco y el escudo. Una agresión implicó siempre una defensa.



Homero, traviesamente, quizá harto de matanzas sin fin, desliza en su *Ilíada* la descripción del *Escudo de Aquiles*, iniciando así un género nuevo, la *ékphrasis*, una obra de arte dentro de otra, en la cual se integran las labores en la paz y los afanes en la guerra. Materialmente éste se compone de los elementos que daban soporte al mundo griego: bronce, estaño, oro y plata. Falta el hierro, aunque ya lo utilizaban, pero quizá lo consideraba insuficientemente noble para el escudo de un héroe.

Pero este escudo de Aquiles es sobre todo un *emblema*; más que su utilidad defensiva, su valor real se encuentra en la declaración de toda una civilización, regida por los dioses y administrada por los héroes, el *oikos* de la *polis*. Refleja el sentido de *iustitia* en una época sencilla, arcádicamente arcaica. Es una obra de origen divino y no de cualquier dios, sino de uno de los principales, de los olímpicos, el horroroso herrero Hefestos, casado con la bella y voluble Afrodita. Homero inicia con Aquiles y su escudo en el Canto XVIII de *La Ilíada*, una tradición poética que seguirán después el Pseudo Hesíodo y el *Aspís o Escudo de Heraklés*, Esquilo con las rodela de *Los Siete contra Tebas*, Virgilio y Eneas, Nonno y Diónysos y varios autores más. Otros escudos alcanzaron la fama eterna en los versos del poeta ciego, como el poderoso de Áyax, con siete capas de grueso cuero forrado de bronce, y el del cruel Agamenón, que lo envolvía como una armadura.

Los romanos, que se declararon descendientes de los troyanos vencidos pero fueron imitadores de todo lo griego, forjaron su *símbolo* en aquella Loba capitolina que dio de mamar a los dos gemelos fundadores, Rómulo y Remo: la esculpieron en sus estandartes que pasearon victoriosos por todo el mundo conocido, abriendo calzadas que perduran hasta hoy, ya pavimentadas pero siguiendo el trazado de la antigua *Vía romana* y fundando ciudades a cada tramo, que hoy son las grandes capitales de Europa, con una sola e irónica excepción: la propia Roma... que fue fundada por los etruscos.

Los escudos eran al mismo tiempo, defensa y arma, pero también un reto al contrincante, por lo que se adornaban con insignias y personajes totémicos, lo mismo un águila, que un urso, que mitológicos como una Gorgona o un Perseo.

Cuando el gran Carlomagno –grande de nombre, de fama y de talla, pues según su sepulcro conservado en Aquisgrán medía casi dos metros de altura- fue investido como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, parceló sus dominios en ducados, con dignatarios valerosos y prudentes que gobernaban regiones en su nombre, condados que lo hacían en ciudades y marquesados, quienes se situaban en los puntos estratégicos o “marcas” que custodiaban celosamente las fronteras de los enemigos. Y a cada uno asignó o dejó escoger un símbolo para que representara su linaje. Fueron esas las primeras señales de identidad de un nuevo orden europeo. Esta costumbre se extendió pronto por toda Europa, pero cada región prefirió una silueta especial, como los alemanes y los suizos, los hispanos, los ingleses y los francos. Muchos asumieron aquellos animales ancestrales que provenían de sus antepasados tribales cuando todavía vivían en cavernas, y así, por ejemplo, una familia italiana escogió al Oso que era el suyo, y como miembros de la *Tribu del Oso* se llamaron Ursinos, hoy modernamente conocidos como Orsini, protagonistas de la célebre novela *Bomarzo*, de Manuel Mújica Laynez.

En la guerra, el escudo concede identidad y defensa; en la paz, es historia y sentido de futuro. Simbólicamente, la bandera, que acaricia, envuelve y arropa, significa a la madre (*Matria*); el escudo, que cubre, protege y resguarda, es el territorio del Padre (*Patria*).



No es extraño que, con ese origen bélico, los escudos heráldicos sean divididos en cuarteles, y en cada uno se ubique, de acuerdo con las reglas del arte y la ciencia, los elementos simbólicos que los adornan y explican.

El reino de Castilla y León ostentaba en su escudo esos mismos elementos que le daban nombre a la región, y el del vecino reino y eterno rival de Aragón, mostraba las barras de sangre sobre el campo de oro. Ambos se combinan, manteniendo su independencia, en un simulacro de fusión que realmente nunca existió: Isabel siguió siendo reina en Castilla y Fernando en Aragón, *aunque tanto montara una como el otro*. Los castellanos siguieron disfrutando de sus *prebendas* y los aragoneses de sus *fueros* durante mucho tiempo después del matrimonio de ambos. Para fundar un estado verdaderamente nacional, debieron enfrentarse con aquellos nobles orgullosos y feroces quienes se dirigían a ellos con una fórmula más que altiva, insolente: “*Nosotros, que valemos tanto como vos y juntos más que vos...*” Pero, al menos, el matrimonio realizado entre primos –que por premura política más que erótica falsificaron una bula papal eximente– sirvió para juntar las costas mediterráneas con las atlánticas, y que después se lanzarían al asalto de lo desconocido: el amenazante *Mare Tenebrosum* que hoy conocemos como Océano Atlántico. Esa aventura dejaría también una huella heráldica: ya en la representación de la vieja Europa el *Finisterrae* no estaría clausurado por dos columnas como límite sino como anuncio de un viaje que iría *Plus Ultra*, es decir, **más allá**.

El suceso ocurrido el 12 de octubre de 1492, cuando Cristóbal Colón desembarcó al parecer en Guanahaní, hoy San Salvador, creyendo que había llegado por fin a Cipango y Catay, tuvo la importancia relativa de saber que del otro lado de la enorme masa acuosa había “algo más”, pero no dejaban de ser un puñado de islas pobladas por sujetos primitivos, distantes de las riquezas descritas por Marco Polo en su *Libro del Millón* y antes por John de Mandeville en sus mitómanos *Viajes*. Ambas obras fueron de los primeros *best sellers* mundiales. Unas pocas pepitas de oro, unos seres cobrizos que fueron bautizados en el Monasterio de Guadalupe de Extremadura y quienes por el clima para ellos extraño y recio pronto enfermaron y murieron, fueron los primeros sucesos que dieron cuenta palpable de la existencia de una región que en principio no prometía gran cosa por su importancia. Ningunas de las ricas especias buscadas aparecieron allí, pero se encontraron otras: no había pimienta, pero hallaron vainilla; no hubo mirra ni incienso, pero apareció una fruta coronada que por ello llamaron “La Reina”, la piña, aquella que el goloso Carlos V, después de probarla, ordenó nunca se la volvieran a servir, no por rechazo, sino por el mucho gusto que le había producido, y para después no lamentar dejar de tenerla siempre a su mesa.

Mucho más trascendente e impactante para aquella Europa, que recibió la “*Carta del Descubrimiento*” como una noticia impactante y curiosa, pero pasajera, fue la llegada de los primeros españoles al continente de Tierra Firme, ya después de muerto Cristóbal Colón, quien falleció convencido todavía de que había llegado a los fabulosos lugares de Catay y Cipango; ya entonces se habló no de mitos y leyendas, sino de realidades: allí en esas nuevas tierras había imperios poderosos y ricos, con mucho oro y plata y otras granjerías deliciosas. En realidad, al efecto del comercio mundial, 1518 resultó mucho más importante y trascendente que 1492: en la primera fecha se encontraron un grupo de islas habitadas por indios en estado de barbarie; en la segunda, enfrentaron imperios poderosos y organizados, con riquezas fabulosas. En 1517, la efímera y fugaz aventura de Francisco Hernández de Córdoba, Lope Ochoa de Caicedo, Cristóbal de Morante y Antón de Alaminos como piloto, pasaría por Isla Mujeres y después por Yucatán, donde encontraron el poblado de Ekab y que por quién sabe cuál extraña asociación llamaron “Gran Cairo” y llegaron hasta Campeche, donde bautizaron como isla a Santa María de



los Remedios, de lo que luego sería un país: México. Teniendo un poco más de suerte, al año siguiente de 1518, Juan de Grijalva, sobrino de Diego Velázquez, con Francisco de Montejo y otro primo de Velázquez, Pedro de Alvarado, y de nuevo con la guía de Antón de Alaminos, llegaron a Cozumel, donde fundaron la ciudad de Santa Cruz de Puerta Latina, el 3 de mayo, Día de la Santa Cruz, pasaron hasta Tabasco, cuando encontraron el caudal que recibiría el nombre del capitán español. Y junto con frutos diversos trajeron oro y la noticia de que tierra adentro, en un valle con una laguna rodeada de volcanes, había una gran ciudad, llamada Tenochtitlan. De tal suerte, Carlos V había superado a sus grandiosos abuelos y padres, y si aquellos fueron quienes juntaron España y luego a casi toda Europa bajo su cetro, a él se le había encargado por la Divina Providencia la enorme responsabilidad de unificar al mundo.

Madrid y México: una historia compartida

9,076 kilómetros separan en línea recta las ciudades de Madrid y México.

La primera fue fundada en fecha indeterminada por los emires omeyas, pero se sabe que el caudillo Almanzor la ocupó en el año 977; su nombre en árabe era *Magerit*, que significa “tierra rica en agua”. Otros lo traducen como “lugar de ciencias y artes”, quizá por un posible observatorio astronómico que los árabes levantaron allí, o también como torreón de vigilancia. De villa realenga castellana, fue también un reino independiente por corto tiempo, sujeta al rey armenio León V de Cilicia; más tarde fue ciudad soberana cuando la revuelta de los comuneros castellanos, y finalmente capital de España y sus dominios en 1561, por decisión de Felipe II, quien apreciaba mucho su simbólica centralidad peninsular (muy cerca de ella, en Getafe, se encuentra el *Cerro de los Ángeles*, considerado el centro geográfico de la península ibérica, en lo que se cree fue una aldea llamada *Pinto* que en realidad era *Punto*), para desde ahí gobernar el país y un imperio donde “no se ponía el sol”: *el rey como el centro del centro*, cual un gran astro solar, mucho antes de Luis XIV de Francia. Y eso era mucho más válido para el monarca español, quien era por designio de la Divina Providencia, el centro del mundo.

El origen de México- Tenochtitlan se remite a orígenes mitológicos y legendarios, pero muchos historiadores acuerdan la fecha del 20 de junio de 1325 como el momento de su fundación, cuando llegaron a un islote de la laguna los primeros pobladores al parecer procedentes de la mítica Aztlán y de las Siete Cavernas de Chicomóstoc. Su nombre en nahua puede significar –de acuerdo con algunos autores- como “lugar donde abundan las piedras y las tunas en el ombligo de la luna”: *Mechtli* (el centro u ombligo de la luna) *Tenochtitlan* (“donde abundan la piedra y los nopales). Los peregrinos –así bien llamados porque iban siguiendo una profecía de su voraz dios guerrero Huitzilopochtli- se asentaron donde vieron cumplirse el signo mágico de un águila posada sobre un nopal devorando una serpiente. Otros autores, también con sus razones, prefieren decir que significa “el lugar o la ciudad de Huitzilopochtli”. Fue primero un poblado, luego una ciudad, y más tarde el centro de un imperio, hasta que el 13 de agosto de 1521 fue ocupada por las tropas españolas victoriosas de Hernán Cortés y sus aliados indígenas.

Cuando aquellos fundadores salen de Aztlán, ya llevan con ellos mentalmente la profecía del águila con la serpiente atrapada sobre el nopal. Primero es una identidad tribal, de un clan, un grupo quizá de diez etnias (representadas luego por otras tantas hojas de nopal en su orla), luego es el símbolo de una *polis* (ciudad) mesoamericana; más tarde, el emblema de una región (un país y un paisaje) y finalmente de una nación. Hoy es la representación universal de la Marca México. Es sobre todo un símbolo aglutinador y cohesionante, que suma y multiplica, al mismo tiempo que sujeta y ordena. Por eso mismo, para no confundir sus propios límites, lo que



significó primero el símbolo de una ciudad y luego de un país, debe considerar también la creación de un nuevo símbolo, para recuperar el sentido urbano particular lo cual origina el escudo de la Ciudad de México.

Capitales de sus respectivos países, ambas ciudades tienen sus patronos, lo cual significa que son sus “abogados celestiales”: San Isidro El Labrador, personaje rural y campesino propio para una comarca como Madrid, y San Hipólito, el filósofo y antipapa readmitido, para México. Los dos representan en la cristianología a sus pueblos ante Dios, para implorar su protección y bendiciones y su socorro en tiempos difíciles: la Tierra como peana del Cielo.

Además de estos puntos en común, estas urbes dominantes, ambas capitales de imperios, comparten también otros aspectos simbólicos, relegados en sus respectivos escudos.

Ambas ciudades tienen una vinculación acuática: *Maderit* (“tierra de aguas”) *Metztli* (“ombligo de la luna o en la laguna”), pero además comparten elementos de otros reinos naturales: en el escudo de la Ciudad de México posterior a la dominación española aparecen dos leones rampantes, y en el madrileño figura un oso trepante (u osa, según las últimas versiones); en la orla del ciudadano mexicano, aparecen, normalmente diez hojas de nopal (*Opuntia*) y en la española un arbusto que generalmente se identifica con un madroño (*Arbutus uneda*), según la mitología nacido de la sangre del Gigante Gerión vencido por Hércules, árbol sagrado dedicado a la ninfa Cardea, amante del dios Jano Bifronte (que mira al pasado y al futuro). Su fruto es comestible y tiene diversos usos medicinales y hasta para curtir las pieles y elaborar bebidas alcohólicas.

Junto con el maguey y el mezquite, el nopal forma el triunvirato de las plantas sagradas del México Antiguo. Está consagrada a la diosa otomí Acpaxapo y su fruto –la tuna- simbolizaba los corazones humanos ofrecidos en sacrificio. Es una planta sagrada y cósmica, pues con sus raíces conecta el inframundo y con sus frutos al cielo. En sus hojas o pencas habita la cochinilla, el insecto de donde se extraía el colorante granate que servía para las pinturas rituales corporales. Si en tiempos de Álvaro Obregón el *ahuehuete* fue declarado “árbol nacional” y en la época de Adolfo López Mateos se proclamó a la *dalia* como “flor nacional”, al nopal le correspondería por sus muchas virtudes y empleos ser finalmente reconocido como el “arbusto nacional mexicano”.

Elementos heráldicos provenientes de la botánica, no son árboles, sino arbustos, el madroño y el nopal que aparecen en los escudos de Madrid y la Ciudad de México. Y proceden de la zoología el oso y los leones. Los dos emblemas comparten pues un carácter cósmico y natural.

El escudo madrileño nace como resultado de un conflicto social: entre los miembros de la Iglesia, poseedores de los pastos de la comarca, y los pobladores seculares agrupados en su Concejo, propietarios de bosques en la zona. Por ello, propiamente, el animal del escudo civil es una osa (no un oso) trepante, a diferencia del eclesiástico que es un oso pasante, con lo cual se marcaba la diferencia de propiedad entre los linderos de ambas competencias.

El escudo mexicano urbano presenta dos leones heráldicos, pues en realidad nunca hubo miembros de esa especie en el territorio, pues lo más cercano como felinos eran los jaguares. En la imagen poshispánica se ha suprimido la característica águila devorando la serpiente y otros glifos esenciales, y la imagen simbólica de la ciudad fortificada se representa con un castillo de tres torres, o una torre con tres almenas porticadas, al que conducen tres caminos o vías interrumpidas por fosos para representar las antiguas calzadas por las que penetraron los soldados españoles. Es un escudo eminentemente bélico, pues representa un hecho de armas, en



oposición al madrileño, que figura un conflicto civil solucionado armoniosamente entre las partes contendientes.

El empleo simbólico del águila es muy antiguo en la cultura mechica: ya aparece en la Estela de Izapa, ubicada entre el 200 y 300 a.C. Y también en el reverso del Monolito llamado Teocalli de la Guerra (*circa* 1500) que se exhibe en el Museo Nacional de Antropología e Historia. Es uno de los animales con mayor solera emblemática en todo el mundo.

La relación entre el águila y la serpiente ha despertado diversas opiniones, desde la que identifica el águila con el sol y por tanto con *Huitzilopochtli*, y a la serpiente con la luna, es decir, con *Tezcatlipoca*, lo cual origina el vocablo *Mexhtli*, con diversos niveles de comprensión e interpretación. Otros historiadores, como Alfredo López Austin, han identificado el nopal con *Tenoch* y el águila con *Cuauhtlequetzqui*. En realidad, durante mucho tiempo la dicotomía águila-serpiente ha simbolizado la oposición entre el Bien y el Mal como parte de un arquetipo universal. Un águila es la mensajera de la voz divina para San Mateo El Evangelista, y la serpiente es la tentación y causa de la perdición y del Pecado Original en el Génesis del Pentateuco. Aunque ha sido indistintamente utilizada desde hace muchos siglos, y representada de forma muy diversa a través de la historia mexicana, no fue hasta que el Presidente Sustituto General Abelardo L. Rodríguez restringe y regula el uso de los símbolos patrios con una ley en 1934, aunque la más reciente interpretación –y fijación– del Escudo Nacional Mexicano decidida por el Presidente Gustavo Díaz Ordaz en 1968, corresponde al artista potosino de origen suizo Francisco Eppens Helguera (1913-1990).

Originalmente, en el escudo madrileño aparecía sólo un oso, posiblemente el elemento totémico de la tribu carpetónica que ya habitaba allí, enfrentada contra la taifa de Murcia. Al oso se añade después el árbol –supuestamente, un madroño, que en realidad no es oriundo de la zona– con una justificación u origen comercial, como la expresión de un pacto o acuerdo político entre el cabildo eclesiástico y del concejo de la villa, dejando el oso pastando como símbolo religioso y la osa trepando como emblema civil.

De tal suerte y en virtud de lo anterior, los escudos matritense y capitalino mexicano, comparten elementos como lo vegetal (pasto y madroño-hojas de nopal) y lo animal (oso-leones). Y ambos tienen un proceso de gestión hasta alcanzar su forma más cabal: la evolución del de Madrid toma desde 1222 hasta 1554, por decisión de Carlos V, apenas un año antes de abdicar. 31 años antes, en 1523, el mismo monarca había concedido las armas heráldicas a una ciudad del otro lado del mundo, cuando separa el emblema de la refundada ciudad capital del virreinato, del símbolo de la monarquía azteca: México- Tenochtitlan, capital de un reino que nunca visitó, y que fincaba su origen en la leyenda, el 12 de diciembre de 1325.

Comparando estas fechas nos percatamos que, con la única diferencia de tres años, la ciudad española celebrará sus 800 años (en 2022) y 700 la mexicana (en 2025). Esto supone la deseable realización de encuentros de reflexión durante ese trienio, donde dialoguen las memorias compartidas de ambas entidades poblacionales.

El escudo nacional mexicano

El elemento visual heráldico que hoy representa a la totalidad de la nación multicultural y federalizada mexicana, ofrece una interesante evolución histórica: primero fue el glifo de una tribu (o de un conjunto de ellas, según algunos autores, una decena representados en las diez hojas de nopal de la orla); luego fue el emblema de una ciudad-estado que dispersó su creciente



influjo por una zona lacustre, sometiendo a las tribus cercanas y concertando con ellas una *Triple Alianza* con preponderancia poco disimulada; luego se extendió por un territorio en expansión que llevó esa imagen como estandarte; más tarde, vencida y ocupada la ciudad por los españoles, desapareció oficialmente de la simbología novohispana, y hasta se propuso la sustitución por la figura de un Pegaso; al recuperar su independencia, el antiguo símbolo conservado en códices y pergaminos fue reclamado, recuperado y consagrado como elemento esencial de la identidad nacional triunfante, y se impuso para representar un conjunto de estados que originalmente sólo en parte correspondían con el antiguo dominio de los aztecas guerreros, y después se adoptó como el escudo y parte sobresaliente de la bandera de una nación nueva, la cual reconocía en él su pasado y lo reverenciaba, aunque no respondiera estrictamente a su constitución. De glifo tribal, a emblema de una ciudad-estado, fue finalmente consagrado como imagen y representación de un país, que lo lleva hoy a ser un símbolo distintivo de la *Marca México*. No es casual, por ejemplo, que el sello de garantía de la más alta calidad mexicana represente al perfil de la testa del águila desafiante con la leyenda “*Hecho en México*”.

Los escudos, como símbolos “protectores” de la “patria” (la tierra de los padres; en inglés, *fathersland*) tienen un significado múltiple: mítico, cósmico y ético. Sus blasones dan cuenta de esos valores y cada uno exige su propio nivel de comprensión. Pero incluso en el escudo nacional aparece la famosa águila sobre el nopal devorando la serpiente, que ha sido muy cuestionada desde hace 60 años: en 1960, el reputado ornitólogo mexicano Martín del Campo sugirió que en lugar de un águila (*Aquila chrysaetos*) posada sobre un nopal (*Opuntia ficus-indica*; en España también conocida popularmente como *chumbera*) era más lógico pensar que hubiera sido un *Quebrantahuesos* (*Caracara cheriwey*) como ave más semejante al *cuauhtli* azteca, lo cual han apoyado otros investigadores más cercanos.¹

En el territorio de la simbología y los elementos heráldicos, aunque se manifieste cierta lógica interna, no puede olvidarse que son determinantes la fantasía y la creatividad popular destilada a través de generaciones, logrando resultados asombrosos no siempre estrictamente razonables: tan improbable y fantástico es suponer un águila posada sobre un espinosa cactácea, como un oso (u osa) trepando por un arbusto como el madroño...

Debe considerarse que en el caso específico del escudo que hoy *representa a toda la nación mexicana*, sólo una parte del antiguo imperio ha nombrado al complejo y diversísimo conjunto de pueblos y etnias disímiles que estaban reunidos alrededor de la influencia azteca en el altiplano, aunque algunas de ellas fueran siempre independientes, para formar el conjunto de ese espacio común que nombraron como *Cem Anáhuac*, el concepto más cercano a lo que podríamos llamar una *patria multinacional*. Aquellos humildes caminantes que un día salieron de un sitio mítico y pernoctaron en unas cuevas profundas, terminaron dotando con su glifo totémico a un país entero de magnitud casi continental.

El proceso de invención, que es la forja en símbolos de los sueños y creencias de un colectivo, por remoto y por complejo, difiere en sus fuentes. Se sabe que una peregrinación, desde un sitio con varias candidaturas, denominado *Aztlán*, y unas cuevas, llamadas de imprecisa ubicación en *Chicomóztoc*, pero cada quién ordena los elementos de diversa manera, al principio, al medio o al final del recorrido fundacional. Puestos a escoger una, preferimos por lógica la de que *partieron* de *Aztlán*, *residieron* un tiempo en las siete cuevas de *Chicomóztoc*, y luego *buscaron* el cumplimiento de una profecía que les señalaba la meta de llegada y asentamiento definitivo, en

¹ Miguel A. González Block, “El iztacuauhtli y el águila mexicana: ¿Cuauhtli o águila real?”, *Arqueología mexicana*. N° 70, pp. 60-65.



un lugar donde vieran un nopal frutecido y sobre él un águila devorando una serpiente. Surgía así lo que un escritor contemporáneo ha definido como “el único escudo nacional donde un animal se come a otro”. Cuando vieron cumplido finalmente el complejo símbolo que implicaba un ser de los cielos, como el águila, otro de la tierra, como la serpiente, y un nopal como columna y sustento, se asentaron, disciplinadamente, aunque cuando se detuvieron a inspeccionar el sitio que los dioses les habían asignado, quizá se sintieron algo defraudados o al menos inquietos: era un pequeño islote rodeado por una laguna donde prácticamente no había nada que no fueran nopales y serpientes y alguna águila que decidiera posarse sobre ellos de vez en cuando; pero muy de vez en cuando...

Sin embargo, seguramente los dioses habrían tenido sus razones y ellos los obedecieron: obedecer a los dioses era el primer paso para que otros los obedecieran después a ellos, pues así ha sido desde los judíos para acá, ambos pueblos elegidos y marcados por profecías que implican una migración, aunque aquella tierra prometida a la que Moisés guio sus doce tribus, sin llegar nunca a ella, donde manaba miel y abundaba el pan, distaba mucho de ser como esta tierra de arribo, árida, pedregosa, austera y casi cruel, como sus mismos dioses. Los aztecas predestinados serían, pues, los espartanos de América y como aquellos, guerreros y valientes: invencibles pues estaban marcados por un designio divino.

Todo escudo, por cuanto es simbólico, resulta polisémico y mutante, adecuándose a cada época histórica y en los distintos momentos sucesivos que forman la vida de las naciones. Quizá el escudo mexicano también pudiera ser la sumatoria de los glifos totémicos de las varias tribus que emprendieron el éxodo en busca de la “tierra prometida”; de tal suerte que el águila, la serpiente, el nopal y otros elementos, siendo señales individuales de identidad, se sumaran y fundieran en uno sólo, integrándose como un primero paso de unificación y concentración del poder para el emprendimiento de grandes empresas bélicas. De esta manera, al combatir bajo semejante enseña, todos se sentirían representados de forma igualadora. Si para la tradición occidental judeo-cristiana la serpiente, por ejemplo, es símbolo de perfidia y traición, en cambio para los pueblos originales americanos tenía un significado muy positivo, por su astucia, su inteligencia y hasta su generosidad, virtud que comparte con las culturas del extremo oriente, donde el dragón –una serpiente alada- es símbolo de bondad y justicia.

El águila es un elemento más universal: así como el león es el rey en la tierra, la reina indiscutible de los aires es el águila. Por eso ha sido asumida como emblema por príncipes, reyes y emperadores, lo mismo de forma natural que en sus versiones bicéfalas –la cual escogió el imperio austrohúngaro para representar su necesaria atención y vigilancia permanente hacia oriente y occidente- o incluso el fénix, todas símbolos alados y etéreos. Por ello cuando en 1821 se logra la verdadera independencia de México en su primera forma imperial, se recupera el águila coronada como símbolo de hegemonía, y se obvia la serpiente.

Pero de esa pequeña isleta rodeada de agua y enemigos, por la expresión sostenida de una voluntad absoluta y concentrada, lograron dominar primero la laguna con sus chinampas, trajineras y canoas, y luego, hicieron puentes fortificados y ya resultara por alianzas o por conquista, fueron creciendo a costa de sus vecinos, quienes los miraron con desdén cuando llegaron y ahora los contemplaban con respetuoso temor, al ver cómo levantaban pirámides cada vez más altas, y cada día eran más las ofrendas humanas que hacían en ellas a sus dioses con terrorífica opulencia. Los colindantes, aquellos que primero se burlaron de ellos diciéndoles “comedores de serpientes”, después los trataron como “señores del águila sobre el nopal”: el escudo funcionó como programa y advertencia.



Un rasgo poderoso que constituye el escudo nacional mexicano es la vinculación de elementos de reinos diversos: la tierra de abajo (el glifo de la isleta), el reino vegetal (el nopal frutecido), la superficie de la tierra (la serpiente) y lo aéreo (el águila dominadora). Este conjunto integra en realidad un árbol cósmico, una suerte de *Sefirot* místico o *Árbol de la Vida* de la cultura hermética hebraica, correspondiente al *Pléroma* o símbolo de la *Plenitud de la Divinidad* entre los griegos antiguos, ambas formas geométricas triangulares que semejan la disposición del águila devorando la serpiente sobre el nopal. Esto es el resultado no de un contacto, sino de una coincidencia cultural de la mente humana universal, a través de esos puntos de condensación comunes los cuales se han convenido en denominar como arquetipos del inconsciente colectivo.

La fecha de la Real Cédula donde se dispone la concesión del escudo por Carlos V está firmada en Valladolid, el 4 de julio del 1523. Grave inconveniente es que induce a confusión esta propuesta que intenta recuperar la imagen del Códice Mendocino, por la cercana semejanza con el mismo escudo nacional.

Las diez hojas o pencas de tuna de la orla o bordura representan para algunos a los fundadores de la ciudad. Esto se refiere al número total o al de las tribus: si son diez (en alguna oportunidad se suprimió una, dejándolo en nueve), es semejante a las *Diez Tribus Perdidas de Israel* de las cuales José de Acosta suponía descender los nativos americanos en su *Historia natural y moral de las Indias* (1590) y su anterior *De Natura Novi Orbis* (1589).

La ciudad que ostentaba este escudo fue cantada por autores como Francisco Cervantes de Salazar, Bernardo de Balbuena y Cayetano de Cabrera, entre muchos más hasta la fecha actual, y llegó a ser conocida como “La Ciudad de los Palacios”, la cual señoreaba “en la región más transparente del aire”, asombrando a Bernal y Cortés, a Humboldt y Bompland, a Bolívar y Martí. Todo viajero que aquí llegó, cayó presa de su encanto.

Si los judíos pasaron 40 años en su travesía por el desierto, los aztecas antiguos se lo tomaron con más calma: si tomamos como el año 1111 el de la salida de la mítica Aztlán y la llegada de los viajeros a Chapultepec en 1322 (según el código Tira de la Peregrinación) Lámina XVIII, fue de 211 años.

Pero los vecinos recelosos los expulsan de Chapultepec –primer desalojo- y los empujan hacia el islote de Metztliapan, donde se asientan y fundan lo que sería México- Tenochtitlan en 1325. Patrick Johansson propone que esto fue en 1364, según el Códice Atlas de Durán, Tratado I, Lámina 13 (siglo XVI).

Insólitamente, en el mapa más antiguo de la Ciudad de México ya conquistada, el llamado *Mapa de Cortés o de Nüremberg* (1524) anexo de la *Segunda Carta de Relación* de Cortés a Carlos V, aparece la porción occidental de la Isla de Cuba (lo que hoy es la provincia de Pinar del Río), Tenochtitlan y el Golfo de México. Sin duda este mapa pudo confundir al emperador y sus servidores, con esa extraña proximidad. Aunque provocara el desconcierto del monarca, en realidad ese mapa daba cuenta del recorrido de Hernán Cortés desde el antiguo puerto de La Habana (todavía al sur de la isla) hasta llegar a su meta final que fue la conquistada México-Tenochtitlan: se trataba de representar el universo del conquistador victorioso y era la representación gráfica de su epopeya. No es un mapa estrictamente cartográfico, sino simbólico y sintético. México ha sido una ciudad sucesivamente muchas veces rescatada del agua y secuestrada por ella a lo largo de su dilatada historia. Ese origen acuático siempre anuncia un previsible final, por eso la lucha permanente de las autoridades para controlar el agua y extraerla para después volverla a traer, signo trágico que se suma a la altura de su ubicación, la inestabilidad de su suelo y su ubicación en una zona de intensa actividad volcánica y sísmica. La



voluntad de permanecer y creceré en estas circunstancias indica la decisión de prevalecer sobre cualquier contrariedad y forja a través de las generaciones un espíritu de sacrificio colectivo que define el perfil y la psicología de una cultura que hunde sus raíces en la arena de los tiempos más remotos. Se manifiesta un diálogo de fuerzas opuestas en permanente lucha, tanática y tectónica.

Eso se muestra en la misma evolución de la composición y el trazado de la ciudad, desde la artificiosa –y artificial- ciudad prehispánica, a la primera urbe española que abre su trazado con alarifes peninsulares asistidos por operarios indígenas para fundar una ciudad escindida: un núcleo central ocupado por los palacios y casas de los españoles, circundados por una periferia donde se distribuyen anarquía las agrupaciones de los indios sometidos; la primera es la cuadrícula, la segunda es el laberinto. La primera la trazan con plomadas y tirantes, la segunda semeja el tejido intrincado abierto por sinuosas serpientes desatadas a su buena ocurrencia y ventura.

Así se advierte claramente ya en la *Forma y Levantado de la Ciudad de México*, de 1628, plano por el arquitecto extremeño Juan Gómez de Trasmonte (Villa de los Santos, c. 1595 – Ciudad de México, c. 1647) Maestro Mayor de la Catedral de México, que también trabajó en Puebla y autor de varias obras hidráulicas en la capital virreinal. En una nota de su mapa, apunta Trasmonte que:

Tiene esta ciudad hasta 10 000 vezinos y de arrabales que son casas de Indios hasta nueve mil y estas la mayor parte están hoy anegadas, como todo se significa en esta Planta que está sacada con puntualidad y cuydado...

Y agrega:

que los indios son pobres y que la mayoría de ellos se ahogó.

La Ciudad de México no se concibe ni se puede entender sin la masa de agua progresivamente reducida y asediada que primero fueron cinco lagos, luego tres, durante largo tiempo ninguno y hoy apenas uno. Eso lo advirtieron con asombro los primeros pobladores originales, quienes decidieron su emplazamiento en un paraje tan caprichoso y complejo, obligado por las circunstancias siendo que la necesidad es la madre del ingenio y hermana de la discreción, como dijo Gracián después que Netzahualcóyotl, y trasladaron su asombro a los conquistadores que para encontrarle algún sentido y proporción acudieron a la fácil comparación con Venecia, siendo que la ciudad del Adriático es laguna marina y nunca lacustre y al nivel del mediterráneo y no a dos mil doscientos metros de altura y que el volcán más cercano a la ciudad del Dux es el Etna y está en Sicilia. Esa singularidad la advirtió y consagró como nadie el manchego Bernardo de Balbuena (Valdepeñas, 1562 – San Juan de Puerto Rico, 1627) en su exultante y corográfica *Grandeza Mexicana* (1604). Pocas son las ciudades del orbe que merecen con justeza el calificativo de *portentosa* como la Ciudad de México. Y sí sabía de lo acuático el Balbuena, nacido junto al río Jabalón, principal afluente del Guadiana. Por eso, como perspicazmente advirtió Guillermo Tovar de Teresa, adopta el punto de vista de quien mira la ciudad desde la laguna, como un pez, recurso que retomará casi 500 años después el poeta Gastón Baquero al cantar las glorias de La Habana, nuevo Balbuena insular, en su *Testamento del pez* (1948), en una impúdica declaración de amor urbano, recurso que después trasladará a *Marcel Proust pasea en barca por la bahía de Corinto* (1984). Esa visión de la ciudad *desde el agua* es común a Balbuena y a Baquero y graba su profundo sello en su poética.

La ciudad de Trasmonte está en el preámbulo de su inundación (1629) y es también la ciudad donde la decisión de un gobernante afecto a la emblemática, coloca una fuente con un Pegaso en medio del patio del palacio real, como un símbolo que pretende competir con aquella águila



serpentina y entunada y al mismo tiempo con los leones rampantes aferrando con sus garras la torre asediada. Es un bruto noble, nacido de la sangre de la bárbara Medusa derramada por el impulso rotundo del héroe Perseo quien cabalga después por los cielos sobre el resultado de su obra, a semejanza de lo que Cortés y sus compañeros y seguidores intentaron al descabezar la crueldad azteca y sembrar una nación moderna sobre las ruinas humeantes de la urbe vencida.

Originalmente la ciudad de México se representaba con un glifo topónimo, un nopal de tres hojas con frutos en flor y sobre el signo de la tierra, como se puede apreciar en los *Códices Ramírez, Osuna y Durán*.

La renacida ciudad empieza a exhibir su nuevo perfil con el *Mapa de Upsala* (1550), dedicado a Carlos V como una pintura de su lejana posesión, de presunta mano indígena, aunque atribuido al cosmógrafo Alonso de Santa Cruz, quien parece nunca trotó por estos lares. Pero hoy poco de aquella ciudad indígena: barrios, calles, plazas, avenidas, mercados, casas de gobierno, iglesia y conventos, españoles e indios en barrios separados, tuvieron que ceder el paso después a otras nuevas trazas que fueron superponiéndose como una especie de palimpsesto monumental. Como Troya, una ciudad nueva sepultó a la anterior y formaron un magma en perpetua ebullición, desde aquella ciudad lacustre que nunca tuvo murallas porque no las precisaba: las aguas que la rodeaban era el mejor muro defensivo para protegerla de sus enemigos, confirmando aquella etimología original que la identificaba con el ombligo de la luna. De todo aquello sólo queda hoy una casa, en proceso de rescate y reconstrucción, en la calle –homenaje madrileño– del Manzanares, Número 25, incrustada en el riñón de esa *Casbah* mexicana que es el Barrio de La Merced, el más rancio dédalo mercantil de América, a unos metros de la Capilla del Señor de la Humildad que mandó construir Hernán Cortés como una advertencia a sus capitanes y soldados. Probablemente construida entre 1580 y 1590, esa casa de muchas habitaciones rodeando un patio central, casa maldita por la leyenda y bendita por la historia, vivió y sobrevivió al terrible diluvio que azotó por cuarenta horas la ciudad el 12 de septiembre de 1629 y que la mantuvo inundada durante cinco años. En ella se conservan, además de la gran puerta con dintel de piedra, unas modestas ventanas que fueron un aporte de la arquitectura española en estas tierras, pues sus casas originales no las tenían. Detrás del aporte ventilante de la ventana, vendría el disimulo de las persianas, símbolo del *metichismo* hispano tan bien trasplantado y aclimatado en estas tierras. Desde el 2010 el Fideicomiso del Centro histórico de la Ciudad de México pretende su rescate para convertirlo en un centro de cultura y enseñanza musical para los muchos niños sin padre de la zona, en lugar de ser escondite y refugio de maleantes y malvivientes.

Por alguna mágica transformación ornitológica, Huitzilopochtli, “el colibrí siniestro”, se convierte en el águila, que se alimenta de corazones de víctimas (representados por las tunas rojas del nopal).

En México, desde 1523 hasta la fecha de hoy, han gobernado virreyes, emperadores y presidentes; ese escudo fue aceptado y entendido como el de un Reino más de España (que desde siempre fue un Estado multinacional y multicultural), y luego por dos Imperios Mexicanos, la República (Unitaria y Federal) y la Revolución. Desde Antonio de Mendoza, hasta Juan O’Donojú, y desde Agustín de Iturbide y Guadalupe Victoria hasta Enrique Peña Nieto, el escudo de los leones rampantes aferrando a la torre o castillo sobre los tres puentes, con orla o bordura de nopales, ha visto pasar los siglos y los hombres, como un testigo impasible del tiempo. Considerar ahora su desaparición es no sólo innecesario, baladí y caprichoso; es, además, riesgoso y caro, y reclama una ponderación documentada.